

de la presencia de ánimo que en ella había hallado. Muchas veces había visto morir con ostentación, nunca con serenidad. Acaso con el interés que le inspiraba se juntaba un secreto deseo de ver si conservaría esta bonanza hasta el fin.

No necesitó ella variar la materia de la conversacion para que fuese enal al carácter del nuevo asistente convenia. Como sus conversaciones en cabal salud eran siempre serias, no hacia mas que continuar tratándola en su cama con la misma serenidad asuntos interesantes para ella y para sus amigos, y controvertia con indiferencia cuestiones que no eran indiferentes.

Siguiendo el hilo de sus ideas sobre lo que podía permanecer de ella con nosotros, nos hablaba de sus antiguas reflexiones acerca del estado de las almas separadas de los cuerpos, y se admiraba de la simpleza de las personas que prometen á sus amigos que vendrán á darles noticias del otro mundo. Esto, decia, es tan racional como los cuentos de las almas en pena que cometen mil estragos, y hacen daño á las mugeres, como si tuviesen los espiritus lengua para hablar, y manos para pegar (1). ¿Como ha de obrar un espíritu puro en una alma metida en un cuerpo, y que en virtud de esta union nada puede distinguir, como no sea por el intermedio de sus organos? Esto es un disparate. Pero confieso que no hallo que lo sea que una alma libre del cuerpo que antes moró en la tierra pueda volver á ella, vagar, morar, acaso obrar en nosotros y comunicarnos sus pensamientos, porque carece de instrumento para mover los organos de nuestro cerebro.

(1) Dice Platon que despues de la muerte las almas de los justos que han sido inmunes de labe terrenal, son las unicas que de la materia se desprenden con toda su pureza; y añade que las de los que en este mundo se han hecho esclavos de sus pasiones no cobran tan breve su primitiva pureza, sino que se llevan consigo partes terrenas que las retienen como encadenadas en torno de los despojos de sus cuerpos. Esto, dice, es causa de aquellos simulacros sensibles que á veces se ven vagar junto á los cementerios, hasta nuevas transmigraciones. Mania general es de los filosofos de todos los siglos negar lo que existe, y explicar lo que no existe.

(2) Esto me parece muy bien pensado; ¿pues que es ver á Dios cara á cara, sino leer en su inteligencia suprema?

bra; no tampoco para distinguir lo que hacemos porque para eso sería preciso que tuviera sentidos; sino para conocer ella lo que pensamos y lo que sentimos por una comunicacion inmediata, semejante á aquella en virtud de la cual penetra Dios desde esta vida nuestros pensamientos, y nosotros penetraremos mutuamente los suyos en la otra, cuando le veamos cara á cara (2). Porque en fin, añadió mirando al Ministro, para que servirian los sentidos cuando nada tengan que hacer? El Ser eterno ni se ve, ni se oye, que se da á conocer, y no habla ni á los ojos, ni á los oidos, sino al porazon.

Por la respuesta del Pastor, y algunas señas de que se entendian, cogí, que uno de los puntos que entre los dos se contestaban era la resurreccion de los cuerpos. Tambien conocí que empezaba yo á escuchar con alguna mas atencion los artículos de religion de Julia, en que se arrimaba la fe á la razon. Especial complacencia tenia en sus ideas, que aun cuando no hubiera estado resuelta acerca de sus antiguas opiniones, habría sido una crueldad destruir una que en el estado en que se hallaba tan grata le parecia. Cien veces mas gusto he tenido, decia, en hacer alguna obra buena, imaginando presente á mi madre que penetraba el corazon de su hija, y la celebraba; Consuela tanto la idea de vivir en presencia de los que bien quisimos! Con esto, solo están la mitad muertos para nosotros. Puede V. pensar si durante estas razones apretaría á menudo la mano de Clara.

Aunque á todo respondiese el Pastor con mucha suavidad y moderacion, y aunque hiciese estudio de no contradecirla

en nada, con el recelo de que se achacase á consentimiento su silencio en esos puntos, se acordó un instante de que era eclesiastico, y manifestó una doctrina contraria sobre la otra vida. Dijo que el unico objeto en que se ocuparían las almas de los bienaventurados sería la inmensidad; la gloria y los atributos de Dios; que cualquiera otra memoria la borraría esta sublime contemplacion, que no se verían, no se reconocerían; ni en el cielo, y que con tan estatica presencia en nada terrenal pensarían.

Así puede ser, replicó Julia, tanta distancia hay de la bajeza de nuestros pensamientos á la divina esencia, que no podemos juzgar de los efectos que ha de producir en nosotros, cuando en estado de contemplarla nos hallemos. Todavía, como ahora solo por mis ideas puedo discurrir, confieso que siento en mi afecciones tan amadas que me costaría mucho pensar que he de perderlas. Tambien me hago un especie de argumento que halaga mi esperanza. Digo que consistirá una parte de mi felicidad con el testimonio de una buena conciencia. Así me acordaré de lo que en la tierra hubiere hecho, luego tambien me acordaré de los que he querido bien, y tambien los quereré; no volverlos á ver (1) sería un tormento, y este no cabe en la mansion de los bienaventurados. Sea como fuere, añadió mirando al Ministro con semblante alegre, si me engaño, uno ó dos dias de error presto se pasan, y dentro de poco sabré mas bien lo que hubiere que V. mismo. Entre tanto lo que es para mí certisimo es que mientras me acordare de haber vivido en la tierra, siempre amaré á los que amé en ella, y no ocupará mi Pastor el postrer lugar.

Tales fueron las platicas de este dia, en el cual mas que nunca la seguridad, la esperanza, la serenidad de alma en la de Julia brillaban, y en dictamen del Ministro eran anticipado preludio de la paz

de los bienaventurados, cuyo numero á aumentar iba. Nunca fué mas tierna, mas ingenua, mas halagueña, mas amable, en una palabra mas ella propia. Siempre juicio, siempre sensibilidad, siempre la entereza del sabio, y siempre la blandura del cristiano. Ni presuncion, ni afeite, ni sentencias; en todo la espresion natural de lo que sentia, en todo el caudor de su corazon. Si reprimia alguna vez los ayes que hubieran debido sacarle del pecho sus dolores, no era por representar la intrepidez estoica, sino por temor de traspasar el corazon de los que en torno de ella estaban, y cuando algunos instantes los horrores de la muerte hacian enflaquecer la naturaleza, no ocultaba sus sustos, oia los consuelos, y cuando se habia serenado consolaba á los otros. Veíamos, sentíamos su alivio; su halagueño semblante se lo anunciaba á todo el mundo. No era violenta su alegría, y hasta sus chanzas eran afectuosas; tenia la risa en los labios, y el llanto en los ojos. Quitado el susto que no deja gozar de lo que vamos á perder, agradaba mas, y era mas amable que en cabal salud; y el dia postrero de su vida fue tambien el de mas embeleso de toda ella.

Al anocheecer le dió otro accidente, que aunque no tan fuerte como el de por la mañana, no le permitió ver largo rato á sus hijos. No obstante reparó que estaba desfigurada Henrieta. Dijeronle que lloraba mucho y no comia. No la curarían de ese mal, dijo mirando á Clara, que es enfermedad de sangre.

Sintiendo muy mejorada, quiso que cenáramos en su aposento. El medico asistió como al mediodia. La Paca, á quien siempre era menester avisar, cuando se habia de poner á comer á nuestra mesa, vino esta noche sin que la llamaran. Julia lo conoció, y se sonrió. Sí, hija mia, le dijo, cena conmigo esta noche, que mas tiempo tendrás marido que ama. Despues me dijo á mí:

(1) Facil es entender que con la palabra ver significa Julia un acto puro del entendimiento, semejante á aquel en virtud del cual nos ve Dios, y le vemos nosotros. No pueden imaginar los sentidos la inmediata comunicacion de los espiritus, però la comprende muy bien la razon, me parece que mejor que la comunicacion del movimiento en los cuerpos.

Escuso de recomendarte à Claudio Anet. No, repliqué, todo cuanto tú has honrado con tu cariño no necesita recomendacion conmigo.

Fué la cena todavía mas agradable de lo que yo esperaba. Viendo Julia que podía aguantar la luz, mandó acercar la mesa, y (cosa que parece increíble en el estado en que se hallaba) tuvo apetencia. El medico que ya no veía inconveniente en satisfacerla, le ofreció una pechuga de pollo. No, dijo, pero de buena gana comeria de esa ferra (1). Dieronle un pedacito que se comió con una rebanada de pan, y le supo bien. Mientras comia era menester ver como la miraba su prima; era menester verlo, porque no se puede explicar. Lejos de que le hiciese mal lo que habia comido parecia muy mejorada lo restante de la cena, y se halló tan de buen humor, que le vino à la idea notar, como echandomelo en cara que hacia mucho tiempo que no bebia yo vino extranjero. Traigan, dijo, una botella de vino de España à estos señores. Por el continente del Medico vió que esperaba este beber vino legitimo de España, y se sonrió mirando otra vez à su prima; tambien noté que sin atender à todo esto, Clara por su parte empezaba à levantar de cuando en cuando los ojos con alguna agitacion, mirando unas veces à Julia, y otras à Paea, y parecia que con ellos queria decirles ó preguntarles algo.

Tardaba en llegar el vino; buscaron en balde la llave de la bodega; no se pudo encontrar, y se presumió, como era así, que el ayuda de camara del Baron, que era quien la tenia se la habia llevado por olvido. Por ulteriores informes se vió claro que la provision de un solo dia habia bastado para cinco, y que faltaba el vino; sin que nadie lo hu-

biese conocido, no obstante que habian velado muchas noches (2). Hacia se cruces el medico, y yo, ya fuese nacido este olvido de la tristeza ó la sobriedad de los criados, me avergoncé de usar con semejantes sirvientes las precauciones ordinarias, hice descerrar la puerta de la atarazana, y mandé que se diera à todo el mundo cuanto vino quisiese.

Llegó la botella, bebimos, y pareció el vino excelente. La enferma tuvo gana de él, y pidió que le dieran una rucharada con agua, el medico se le dió en un vaso, y quiso que le bebiera puro. Aquí fueron mas frecuentes las ojeadas entre Clara y la Paea, pero como à hurtadillas, y siempre temiendo que fueran sobrado espresivas.

Dieron mucha actividad al vino el ayuno, la debilidad, y el regimen dietetico que Julia acostumbra. Ah, dijo, me han emborrachado Vds.; despues de haber aguardado hasta tan tarde, no merecia la pena de empezar ahora, que es objeto muy odioso una muger borracha. Efectivamente empezó à charlar; aunque con toda la razon que solia, con mas viveza que antes, y era de extrañar que no se le habia encendido el color; sus ojos brillaban con un fuego que moderaba el descaecimiento de la enfermedad; sin la amarillez del rostro, habieran dicho que no estaba mala. Entonces la emociion de Clara se mostró visiblemente. Alzaba medrosos los ojos alternativamente à Julia, à mí y à la Paea, pero con especialidad al medico; y eran todas estas miradas otras tantas preguntas que queria y no osaba hacer; hubiera V. dicho que iba à cada instante à hablar, y que la contenia el temor de una respuesta infausta; su zozobra era tan vehemente que no la dejaba respirar.

Animada Paea por todas estas señas

(1) Excelente pescado, peculiar del lago de Ginebra, y que solo en cierta estacion del año se encuentra.

(2) Lectores que tenéis soberbios lacayos, no preguntéis mofandoo con risa donde se habian hallado estos criados. Ya os han respondido de antemano: no los habian hallado que los habian formado. Todo el problema pende de un punto único: hállese una Julia, y todo lo demas es fácil. Generalmente hablando los hombres no son esto ni aquello, que son lo que los hacen que sean.

se aventuró à decir, pero temblando y con medias palabras, que la señora no habia estado hoy tan mala... que habia sido menos fuerte la última convulsion... que la noche. Quedóse parada, y Clara, que mientras que Paea hablaba estaba temblando como la hoja en el arbol, alzó sus asustados ojos al medico, clavó sus miradas en las suyas, tendió el oido, sin atreverse à respirar de miedo de no oír bien lo que diria.

Hubiera sido preciso ser un tronco para no conocer todo esto. Levantóse Du Bosson, tomó el pulso à la enferma y dijo: no hay embriaguez ni calentura, el pulso es muy bueno. Al instante grita Clara, con los brazos medio estendidos: ¿con que, señor, el pulso...? la calentura?... Faltabale la voz, pero tenia siempre alzadas las manos, y echando chispas de impaciencia los ojos, no habia musculo en su rostro que no tuviera accion. No responde el medico, coge otra vez el pulso, examina los ojos, la lengua, se queda un rato pensativo, y dice: Señora, bien entiendo à V.; no me es posible por ahora decir nada de positivo, pero si mañana por la mañana está todavía en el mismo estado, respondo de su vida. Clara que tal oye salta como un rayo; tira dos sillas y casi la mesa, se arroja al cuello del medico, le da mil abrazos, mil besos, suspirando y llorando à lagrima viva, y siempre con el mismo impetu se saca del dedo una sortija de mucho valor, se la pone de por fuerza à él, y le dice, perdido el aliento: ¡Ah; señor! si V. nos la vuelve no le habrá dado vida à ella sola.

Julia lo vió todo, y le traspasó el corazon esta escena. Mirando à su amiga, le dice con tierno y lastimado acento; ¡Ah, cruda, cuanto me haces llorar la muerte! ¿quieres que te prepare dos veces? Estas cortas palabras fueron un rayo para ella, al punto amortiguaron los raptos de su júbilo, pero no fueron poderosas à sofocar totalmente la esperanza que renacia.

En un instante se supo en toda la casa la respuesta del medico. Estos buenos sirvientes creyeron ya à su ama sana, y

resolvieron todos unanimes hacer al medico, si sanaba, un regalo de maucumun, para lo cual contribuyó cada uno con tres meses de su salario, y se depositó al punto el dinero en manos de la Paea, prestando unos lo que à otros les faltaba. Hizose con tanto ardor esta diligencia, que desde la camara oyó Julia el estruendo de las aclamaciones. Considere V. que efecto en el corazon de una muger que se siente morir se harian. Me hizo una seña, y me dijo al oido: me han hecho beber hasta el postrer trago el caliz dulce y amargo de la sensibilidad.

Quando se trató de retirarse, la señora de Orbe que se acostó en la cama de su prima como las dos noches anteriores, llamó à su doncella para que aquella noche sustituyera à la Paea; pero esta se indignó con la propuesta, todavía mas, segun me pareció, que si no hubiera venido su marido. Empeñose en ello la señora de Orbe por su parte, y ambas doncellas pasaron juntas la noche en el gabinete; yo la pasé en el cuarto inmediato, y de tal modo la esperanza habia avivado el fervor, que no hubo ordenes ni amenazas que bastasen à que se acostara criado ninguno; así toda la familia se quedó aquella noche en pie, con tanta impaciencia que pocos habia que no hubieran dado buena parte de su vida por estar en la mañana del siguiente dia.

Por la noche oyó algunas idas y venidas que no me asustaron, pero al amanecer que estaba todo en sosiego, llego à mis oidos un rumor sordo. Aplique el oido, y me parece que oigo gemir. Acudo, entro, abro la cortina... San Preux!.. querido San Preux!.. veo ambas amigas privadas de movimiento, y estrechamente abrazadas, desmayada la una y espirando la otra. Clamo, quiero retardar à recibir su postrer aliento, me lanzo: ya no vivia.

Adorador de Dios, Julia ya no era... No diré à V. lo que por espacio de algunas horas sucedió, ni sé lo que fué de mí propio. Vuelto en mí del embargo primero, pregunté por la señora de Orbe. Supe que habia sido preciso lle-

varla á su cuarto, y encerrarla en él; porque entraba á cada instante en el de Julia, se arrojaba sobre el cadáver, le calentaba con su cuerpo, se esforzaba á darle vida, le estrechaba, se apegaba á él con una especie de rabia, le llamaba con desahogados gritos, con mil apasionados nombres; y mantenía su desesperación con todos estos inútiles esfuerzos.

Cuando entré la encontré totalmente privada de razón, sin ver nada, sin oír nada, sin conocer á nadie, revolcándose por el aposento, torciéndose las manos, mordiéndose los palos de las sillas, murmurando en voces sordas algunas palabras extravagantes, y luego lanzando de rato en rato agudos gritos que hacían estremecer. Su doncella al pie de la cama, consternada, atemorizada, inmóvil, sin atreverse á respirar, procuraba esconderse, y le temblaban todos sus miembros, y efectivamente las convulsiones que la agitaban eran capaces de infundir pavor. Hice señas á la doncella de que se retirase, porque me temí que una sola palabra de consuelo, dicha fuera de sazón la enfureciese.

No me probé á hablarla que no me hubiera escuchado; ni tampoco oído; pero al cabo de un rato, viéndola exhausta de fatiga, la cogí y la llevé á un sitio; me senté junto á ella teniéndola agarrada de las manos, mandé que trajeran á los niños, y los hice poner á su lado. Por desgracia el primero sobre quien echó los ojos fué justamente el que había sido la inocente causa de la muerte de su amiga. Su presencia la hizo bramar. Vi que se alteraba su semblante, que apartaba de él sus miradas con una especie de horror, y que sus brazos en contracción se envaraban para repelele. Traje al niño hacia mí, desventurado! le digo, por haberte la una querido en demasia te aborrece la otra; no tenían ambas las mismas entrañas. Estas palabras la enojaron en extremo, y me valieron una respuesta muy acerba, pero no dejaron de hacer impresión. Cogió á la criatura en brazos y se esforzó á acariciarla, pero fué en balde; casi al momento la soltó; toda-

via sigue mirándole con menos gusto que al otro, y celebro que no sea este el que habíamos destinado para su hija.

Hombres sensibles, ¿que habierais hecho en mi lugar? ¿lo que hacia la señora de Orbe. Despues de haber dado las necesarias disposiciones tocante á los niños, á la señora de Orbe, y á las obsequias de la única persona que he amado, fué preciso montar á caballo, y con la muerte en el corazón ir á dársela al padre mas desventurado.

Le hallé padeciendo aun de su caída, agitado, turbado con la desgracia de su hija; le dejé abrumado de pesar, de aquellos pesares de los ancianos, que no se manifiestan por signos externos, no escotan ni gestos, ni gritos, pero son mortales. No resistirá á él; estoy cierto, y de antemano preví el postrer golpe que para la desdicha de su amigo falta. Al otro día hice toda la posible diligencia para estar de vuelta temprano, y tributar los últimos honores á la mas digna muger. Pero aun no estaba todo acabado. Era necesario que resucitase, para darme el horror de perderla segunda vez.

Al llegar cerca de mi casa veo á uno de mi familia acudir á todo correr, y perdida la respiración gritar desde tan lejos como yo le podía oír: Señor, señor, corra V., el ama no está muerta. Yo no entendí que queria decir este desatino; no obstante aguijo el paso. Veo lleno el patio de gentes que lloraban de gozo bendiciendo á gritos á la señora de Wolmar. Pregunto que es; todo el mundo está lleno de alborozo, nadie me sabe responder, á mis propios criados se les había ido la cabeza. Acelerome á subir al cuarto de Julia; y encuentro mas de veinte personas de rodillas en torno de la cama, clavados los ojos en ella. Me arrimo, y la veo en la cama vestida y adornada; palpítandome el corazón la examino... Ay! estaba muerta! este instante de una falsa alegría tan presto y tan inhumanamente estinguida ha sido el mas crudo de mi vida. No soy iracundo, y me sentí fuertemente airado. Quise saber el origen de esta extravagante escena; to-

do estaba disfrazado, alterado, variado; y hubo las mayores dificultades para llegar á saber la verdad; al fin lo conseguí, y la historia del portento es como sigue.

Sobresaltado mi suegro con la desgracia sucedida, y creyendo que no necesitaba á su ayuda de camara, le había despachado, poco antes de que yo le llevara la fatal nueva, á saber de su hija. El pobre criado, anciano, fatigado de andar á caballo, se había metido en un barco, y atravesando el lago de noche había llegado á Clarens la mañana misma de mi regreso. Ve así que llega la consternación universal, sabe el motivo, sube llorando al cuarto de Julia; se hincó de rodillas al pie de su cama, la mira, llora, y la contempla: ah! mi buena señora! ah! si me hubiese Dios llevado en vez de V. Yo que soy viejo, que nadie me necesita, que para nada valgo, que hago yo en este mundo? Y V. que era joven, que era la gloria de su familia, el espejo de su casa, el refugio de los infelices! Ay! cuando la vi yo nacer era para una veleta muerta?

En mitad de las exclamaciones que su celo y su buen corazón le dictaban, sin apartar los ojos de su rostro se figuró que veía un movimiento; se agita su imaginación; ve que Julia vuelve los ojos, que le mira, y le hace una seña con la cabeza. Levantase fuera de sí, y echa á correr por toda la casa gritando que no está muerta su señora, que le ha conocido, que está cierto de ello, y que sanará. No fué menester mas, acude todo el mundo, los vecinos, los pobres, que hencian el aire con sus lamentaciones; todos gritan: no está muerta. Esparecese el rumor y va creciendo; el pueblo amante de milagros, escucha ansioso la novedad, es tan creída como deseada, y procura todo el mundo hacerse buen lugar apoyando la universal credulidad. En breve no solo había hecho señas la difunta, mas tambien había obrado y hablado, y había veinte testigos oculares de acontecimientos circunstanciados que nunca habían sucedido.

Así que creyeron que todavía estaba viva hicieron mil esfuerzos para resucitarla; se aceleraban en torno de ella, le hablaban, la inundaban de aguas de olor, la tocaban para saber si le volvía el pulso. Indignadas sus criadas de que estuviese rodeado de hombres el cuerpo de su ama en el estado en que se hallaba, echaron del cuarto á todo el mundo, y no tardaron en conocer el engaño. No pudiendo resolver no obstante á desvanecer tan grato error, y esperando acaso ellas mismas algún suceso milagroso, ovistieron con mucho silencio el cadáver, y aunque hubiese quedado para ellas toda su ropa le pusieron costosos adornos, y luego poniéndola en una cama, y abriendo las cortinas echaron á llorar en medio del publico alborozo.

En lo mas violento de esta fermentación estaban cuando yo llegué. En breve conocí que era imposible que la noche durmiese oyese la razón; que si hacia cerrar la puerta y llevar á la sepultura el cadáver podría levantarse un motin, que á lo menos me tendrían por un morido parricida, que hacia entrar á su muger en vida, y seria el horror de todo el pais. Resolvime á esperar. No obstante habiendo pasado ya mas de treinta y seis horas con el mucho calor que hacia, empezaban á infeccionarse las carnes; y aunque hubiese el rostro conservado sus facciones y su serenidad, ya se veían en él algunas señales de alteración. Dijesele á la señora de Orbe que estaba medio muerta á la cabecera de la cama. No tenia esta la dicha de haber dado asenso á tan grosera ilusión; pero fingia que la creía para tener pretexto para no salir del cuarto, traspasar con todo espacio su corazón, embeberse en este mortal espectáculo, y hartarse de dolor.

Entendiome, y tomando su determinación sin hablar palabra se salió del aposento. Vila entrar de allí á un instante con un velo de oro bordado de perlas que le trajo V. de la India (1). Arrimandose luego á la cama, besó el

(1) Bien se ve que el sueño de San Preux, de que tenia preocupada

velo, cubrió con él llorando el rostro de su amiga, y exclamó en alta y sonora voz: Maldita sea la indigna mano que está velo alzare; maldito sea el ojo impío que mirare este rostro desfigurado. Esta acción, estas maldiciones de tal modo pasaron á los espectadores que al punto como por una subitánea inspiración repitieron esta misma impresión mil gritos, y tanta impresión ha hecho en toda la familia de casa, y en el pueblo entero, que habiendo puesto á la difunta en el atahud con sus vestidos y con las mas escrupulosas precauciones, ha sido llevada al cementerio, y enterrada en este estado, sin que ninguno haya sido osado á tocar el velo (1).

La suerte del mas digno de compasión es tener todavía que consolar á los demas. Esto es lo que tengo yo que hacer con mi suegro, con la señora de Orbe, con amigos, con parientes, con vecinos y hasta con mis propios criados. Lo demas no es nada; pero mi anciano amigo... pero la señora de Orbe... es menester ver la aflicción de esta para figurarse cuanto aumenta la mia. Lejos de agradecer mis atenciones, me las reprende; la irrita mi esmero, la exaspera mi fría tristeza; necesita de un desconsuelo acerbo semejante al suyo, y quisiera su inhumano dolor ver á todo el mundo desesperado. Lo mas crudo es que para nada se puede contar con ella, y que lo que un instante la alivia la enoja el siguiente. Raya en locura todo cuanto hace y cuanto dice, y seria risible para quien estuviera sereno. Mucho tengo que sentir, pero no me cansaré jamas. Sirviendo á la que Julia amo creo que mas bien que con lagrimas la honro.

Por un rasgo vendrá V. en conocimiento de lo demas. Creia que lo tenia

siempre la imaginación la señora de Orbe es la que el expediente del velo le dicta. Creo que si se examinara con atención se hallaría la misma relación en el cumplimiento de muchos pronósticos. No ha sido pronosticado el suceso porque ha de suceder, pero sucede porque ha sido pronosticado.

(1) El pueblo del país de Vaud, aunque protestante, es en extremo supersticioso.

(2) Por eso nos gustan á todos los dramas, y á muchos las novelas.

todo grangeado con haber persuadido á Clara á que se conservase para desempeñar las tareas que le encargó su amiga. Estenuada de agitaciones, abstinencia y vigiliat, al fin parecia resuelta á volver en sí, á entablar otra vez su acostumbrada vida, y á comer en el comedor. La primera vez que vino dispuse que comieran en su cuarto los chicos, no queriendo esponerme al riesgo de hacer esta prueba delante de ellos, porque el espectáculo de toda especie de pasiones violentas es uno de los mas peligrosos que á los niños puedan presentarse. Siempre en sus escesos tienen estas cierto no sé que pueril que los divierte, los seduce, y los hace amar lo que deberían temer (2). Sobrado habian visto ya.

Al entrar dió una ojeada á la mesa, y vió dos cubiertos, y al punto se sentó en la primera silla que halló detras sin querer ponerse á la mesa, ni decir el motivo de esta mania. Crei que le habia adivinado, é hice poner tercer cubierto en el sitio que de ordinario ocupaba su prima. Entonces se dejó agarrar de la mano, y llevar sin resistencia á la mesa, componiendo su vestido con cuidado, como si hubiera temido estorbar este sitio vacío. Apenas habia llevado á la boca la primer cucharada de sopa, cuando la suelta, y pregunta con mucho enfado que hacia allí aquel cubierto, puesto que á nadie servia. Díjele que tenia razon, y mandé quitarle. Probó á comer, sin poder lograrlo. Poco á poco se le apretaba el corazón, su respiración era fuerte y se semejaba á suspiros. Levantóse en fin á deshora de la mesa, volviéndose á su aposento, sin decir palabra, ni oír nada de lo que yo queria decirle, y en todo el dia solo tomó te.

El dia siguiente fué volver á las andadas. Imaginé un medio de restituirle

la razon por sus propias manias, y ablandar la dureza de la desesperacion con un afecto mas suave. Ya sabe V. que su hija se parece mucho á mi difunta muger. Clara tenia mucho gusto en hacer mas notable esta semejanza con vestidos del mismo genero, y de Ginebra les habia traído varios trajes semejantes que se ponian los mismos dias. Díje á Henrieta que se vistiera imitando á Julia, en cuanto le fuese posible, y habiendose instruido bien, la hice sentarse á la mesa en el sitio del tercer cubierto que se habia puesto como el dia antes.

A la primer ojeada conoció Clara mi intención, y me miró con ternura y agrado. Esta ha sido la primera de mis atenciones á que haya correspondido con gratitud, y saqué un buen pronóstico de un medio que á eternecerse la disponia.

Ufana Henrieta por representar á su mamita, desempeñó muy bien su papel, y tan bien que lloraban los criados. No obstante llamaba siempre á su madre mamá, y la trataba con el respeto que correspondia, hasta que animada con mi aprobacion que notaba y lo bien que salia lo fraguado, imaginó coger una cuchará, y decir en un arranque: ¿Clara, quieres de esto? El gesto y el metal de voz fueron tan propios que se estremeció su madre. De allí á un instante da una gran carcajada, y alarga el plato, diciendo: sí, hija mia, dame; eres preciosa. Y luego se puso á comer con una ansia que me causó estrañeza. Reparando en ella con atención, vi cierto delirio en sus ojos, y en sus acciones movimientos mas prontos y mas resueltos de lo que acostumbra. Le estorbé que comiera mas, y lo hice muy bien, porque una hora despues le dió una violenta ahitera, que infaliblemente la hubiera sofocado, si hubiera seguido comiendo. Desde entonces he resuelto suprimir todos estos juegos que podian inflamar su imaginación hasta el punto de hacer que perdiera el juicio. Como es mas facil sanar de la aflicción que de la locura, vale mas dejarla que pa-

deza mas, y no aventurar su razon.

En este mismo punto, querido mio, con poca diferencia nos hallamos todavía. Desde que ha vuelto el Baron sube Clara á su cuarto todas las mañanas, ó mientras estoy yo en él, ó cuando salgo; pasan juntos una hora ó dos, y el cuidado que de él tiene la obliga á que cuide un poco de si propia: tambien empieza á estar mas tiempo al lado de los niños. Uno de los tres ha estado malo, justamente el que menos quiere. Este accidente le ha dado á entender que todavía le quedaba que perder, y le ha restituido el celo de sus obligaciones. Con todo eso no está aun en el caso de la tristeza; aunque no corren sus lagrimas, á V. se le espera para verterlas, y á V. le toca enjugarlas. Ya debe V. entenderme. Piense en el postrer consejo de Julia, yo fui quien primero le imaginé, y creo que mas que nunca es útil y prudente. Venga V. á reunirse con todo cuanto de ella queda. Su padre, su amiga, su marido, sus hijos, todo le está esperando, deseando; para todos es V. necesario. Finalmente sin explicarme mas, venga V. á participar y sanar mis pesares, acaso le deberé á V. mas que á nadie.

CARTA XII.

DE JULIA A SAN PREUX (1).

PRECISO es que renunciemos á nuestros proyectos. Todo ha variado, mi buen amigo, toleremos sin murmurar esta mudanza, que viene de mano mas sabia que nosotros. Pensabamos en reunirnos, y no era buena esta reunion. Beneficio es del cielo haberla estorbado, que así estorba desdichas.

Largo tiempo me he engañado: engaño que fué para mi saludable, y que se disipa cuando ya de nada me sirve. Me habia V. creído sana y yo habia creído estarlo. Demos gracias al que hizo que perseverara en este error mientras que me ha sido provechoso: ¿quien sabe si viendome tan cerca del abismo, no se me hubiera ido la cabeza? Sí; en balde quise sofocar el primer afecto que me hizo vi-

(1) Esta carta iba inclusa en la anterior.